La auténtica historia de Las minas del rey Salomón

La auténtica historia de Las minas del rey Salomón

CARLOS ROCA

nowtilus

Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: La verdadera historia de Las minas del rey Salomón
Autor: © Carlos Roca

Copyright de la presente edición: © 2010 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Diseño y realización de cubiertas: eXpresio estudio creativo
Diseño interior de la Colección: JLTV

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-849763-914-9

A mi hermano Ángel José,
por los buenos momentos de mi infancia.

Índice

Prólogo 13

Glosario 17

Prefacio 21

Introducción 23

Capítulo I: Salomón, su sabiduría, su riqueza
y la leyenda de las minas en África 35
La reina de Saba visita al rey 39
La tierra de Ofir 40
La ciudad de piedra 42

Capítulo II: Matabeleland, el verdadero país que inspiró
la novela *Las minas del rey Salomón* 45
La gran tribulación 48
El camino de la sangre 51
Los primeros colonos blancos 54
Lobengula, el último rey matabele 57

Capítulo III: El hombre blanco codicia la tierra,
el oro y los diamantes africanos 67
¿El doctor Livingstone, supongo? 72
Cecil Rhodes, el coloso de África 76
Los nativos son engañados 81
Selous, el verdadero Quatermain de
Las minas del rey Salomón 91
El dorado africano, una leyenda más que una realidad 92

Capítulo IV: Sangre en la lanza 95
La reacción matabele 99
Los mercenarios blancos toman la iniciativa 103
Tambores de guerra 107

Capítulo V: La patrulla del río Shangani,
la versión africana de la muerte del general Custer 119
Rusell Bunham, un americano en África 123
La patrulla espera refuerzos 127
Los matabele atacan 130
El destino de la patrulla está sellado 135
Los supervivientes regresan exhaustos 140
La muerte del rey 142

Capítulo VI: La masacre de los colonos 147
Asalto al almacén de Cummings 150
Violencia salvaje 153
Los héroes de la contienda 159
La venganza del hombre «civilizado» 161
El fundador de los *boy scouts* entra en acción 162
El asesinato del líder de la rebelión 166
La guerra se traslada a las montañas 169
Cecil Rhodes entra en la boca del lobo 173

Capítulo VII: Hombres y leones, enemigos ancestrales 181
El perro cazador de leones 182
Hombres cazadores de fieras 185

El viejo cazador de leones 188
Livingstone herido por un león 191
Los leones devoradores de hombres en la actualidad 193

Capítulo VIII: Un deseo incompleto 199
Un adiós multitudinario 204
El final de los otros protagonistas 205

Epílogo: Zimbabwe, la tierra actual de
Las minas del rey Salomón 219
La partición del país 220
La independencia 223
Consejos para visitar Zimbabwe 224

Anexos 227
Lista de bajas de la patrulla del río Shangani 229
Bajas durante la rebelión matabele de 1896-1897 231
Crónicas periodísticas de la época 233
Fuerzas coloniales e imperiales británicas
presentes en las campañas de 1893 y 1896-1897 241
Amabutho matabele 243
Texto de la concesión de Lobengula
a la Compañía Británica de África del Sur 245
Resumen de la Carta Real concedida
a la Compañía Británica de África del Sur 249
Las minas del rey Salomón en el cine 253
Introducción original de la primera edición de 1885
de *Las minas del rey Salomón* 259
Cronología 261

Bibliografía selecta 265

Prólogo
Mester de fantasía

Confieso un secreto de infancia: el día que en un pueblo de La Mancha llamado Villanueva de los Infantes, donde está enterrado Quevedo, vi la película *Las minas del rey Salomón* corría la década de los cincuenta y desde aquella fecha me enamoré de Deborah Kerr y coloqué a H. Rider Haggard como uno de los escritores de cabecera. Me endulzó a mis dos clásicos preferidos: Cervantes y Quevedo. Una advertencia preliminar, que es conveniente recordar en estos años de la LOGSE y de bigardos de maquinitas y cultura audiovisual.

En aquellos bachilleres humanísticos con profesores del *ancien régime*, revestidos de solvente autoridad, había disciplinas catalogadas como del *mester de juglaría* y otras como del *mester de clerecía*. Así, en el primer apartado, me topé con el *Libro del buen amor* o el *Poema del Mio Cid* y en el segundo, con Gonzalo de Berceo y con la literatura religiosa. Me merendé a los clásicos en la biblioteca de mi pueblo, pero empecé a disfrutar de la lectura cuando fui diseñando lo que yo llamo el *mester de fantasía*; escritores que te hacen soñar con aventuras en los mares del Sur, en la estepa africana o en los océanos procelosos de

Asia. Así nace mi adición por las novelas de aventuras. Solo los relatos de los grandes escritores del XIX pueden ubicarse en este apartado: *Moby Dick*, *La isla del tesoro*, *Robison Crusoe*, *Las minas del rey Salomón*. Ella, entre otras, juegan la *Champion* de la literatura fantástica. Medio siglo después sigo fascinado por la odisea de un grupo de aventureros liderados por el héroe de mi infancia: Allan Quatermain en la búsqueda de uno de los hermanos de estos exploradores. ¿Cuánto debe Indiana Jones a este héroe literario?

EL RADIOFONISTA ENAMORADO DE *LAS MINAS DEL REY SALOMÓN*

Fue toda una sorpresa el encuentro con Carlos Roca, nuestro director regional de Onda Cero en Murcia, en un viaje del programa *Herrera en la Onda*. Ya lo había descubierto en un libro anterior que tuvo gran difusión y conoció un éxito sin precedentes: *Zulú, la batalla de Isandlwana*. Carlos, a finales de noviembre de 1975, mientras escuchaba al príncipe Juan Carlos de Borbón en su coronación como rey estaba deseando que acabara cuanto antes para poder seguir leyendo una novela que lo tenía enganchado y que marcaría sus gustos literarios. Desde entonces, guarda un lugar preferente *Las minas del rey Salomón* en su biblioteca y le produce una perversa adición que no le ha abandonado desde hace treinta y cinco años.

La novela le permitió conocer que existían campos de diamantes sudafricanos, las cataratas de Zambeze, que los zulúes y los británicos se pelearon con bravura… y que en algún lugar de África Austral existía un fabuloso tesoro oculto que un avezado cazador encontró entre la tierra de los kakuanas, hoy conocido como los matabele.

Carlos Roca, sin ninguna duda, se ha erigido en una primera autoridad, solvente y erudita, del pueblo zulú, como asimismo de su cultura y sociedad. Su trabajo no desmerece a las aportaciones de aquellos antropólogos victorianos que con sus tratados han contribuido a que conozcamos esos pueblos primitivos que también han estudiado los ingleses.

En este último trabajo, *La auténtica historia de Las minas del rey Salomón* rastrea la llegada de Henry Rider Haggard a la costa de África

del Sur y narra con parsimonia zulú los avatares del novelista en la África fascinante y cómo gesta su novela universal.

Era un veinteañero con «mono» de África, como muchos jóvenes británicos y europeos. Fascinado por la llamada de este misterioso continente, llega como funcionario del imperio británico a este hermoso y desconocido territorio. Su vida cambiaría cuando se topó con el pueblo zulú. Fue uno de los pocos blancos afortunados del siglo XIX que asistió a una de las grandes celebraciones anuales de este pueblo. Lo que ocurrió después, lo dejó escrito para la posteridad:

> Aproximadamente mil hombres de piel de ébano realizaron en honor del gobernador una danza de guerra al ritmo de tambores confeccionados con piel de gacela, mientras miles de mujeres le animaban con sus gritos. Cuando el espectacular baile y las melódicas canciones terminaron, un guerrero, cuyos ojos brillaban como los de un halcón se quedó fijo en su mirada. Hermosa descripción del choque de dos individuos depositarios de dos culturas diferentes.

Haggard se nutre de lo que ve en este entorno para ir diseñando a sus personajes literarios. Carlos Roca, como un sabueso antropólogo con el aliento en el cogote de Haggard, va olfateando los recovecos del escritor y su obra. Y va blindado a sus héroes de ficción. La importancia de esta obra universal y que ha cautivado a varias generaciones de lectores es que fue la primera novela de ficción de aventuras escrita por un anglosajón y en inglés. ¿Dónde radica el misterio de su éxito? Carlos Roca lo resume magistralmente:

> Haggard fue de los primeros novelistas en darse cuenta de que, por encima de todo, el lector lo que quería era evadirse de su mundo interno y entretenerse con aquello que le contaba… No pretendió ser el mejor, pero representó con su pluma mucho de la parte aventurera, romántica y atrevida que muchos en mayor o menor medida llevamos dentro; y triunfó con ello. No es en absoluto descabellado argumentar que los libros de Haggard, Rudyard Kipling o Joseph Conrad contribuyeron tanto más como los más míticos regimientos de chaquetas rojas a la defensa del imperialismo británico.

Y sirvieron para que varias generaciones lectoras tuviéramos en ellos nuestro particular *mester de fantasía*.

El libro está narrado con una prosa clásica y atrevida. Nadie que se adentre en *La auténtica historia de las minas del rey Salomón* quedará defraudado.

Lorenzo Díaz.
Sociólogo, periodista y escritor.

Glosario

Kaffir	Cafre.
Ibandla	Consejo de reino.
Isijula	Lanza arrojadiza de mango muy fino.
Iklwa	Azagaya.
Izimpondo Zamkhomo	Los Cuernos del Búfalo.
Mfcane	Tribulación, machacamiento.
Ibutho	Regimiento. *Amabutho* en plural.
Inkhanda	Poblado militar. *Amakhanda* en plural.
Iziqu	Condecoración.
Induna	General, líder.
Iviyo	Compañía militar. Amaviyo en plural.
Knobkerrie	También llamado *Iwisa*. Maza de madera para el combate.
Laager	Formación defensiva en círculo o cuadro realizada con carretas.
Kraal	Poblado.
Isicoco	Anillo de goma seca que muestra el estado marital en el varón.

La flota de Hiram que había traído el oro de Ofir, traía también de Ofir mucha madera de sándalo, y piedras preciosas. Y de la madera de sándalo hizo el rey balaustres para la casa de Dios y para las casas reales, arpas también y salterios para los cantores; nunca vino semejante madera de sándalo, ni se ha visto hasta hoy.

El peso del oro que Salomón tenía de renta cada año, era seiscientos sesenta y seis talentos de oro; sin lo de los mercaderes, y lo de la contratación de especias, y lo de todos los reyes de Arabia, y de los principales de la tierra. Hizo también el rey Salomón doscientos escudos grandes de oro batido, seiscientos siclos de otro gastó en cada escudo. Asimismo hizo trescientos escudos de oro batido, en cada uno de los cuales gastó tres libras de oro; y el rey los puso en la casa del bosque del Líbano. Hizo también el rey un gran trono de marfil, el cual cubrió de oro purísimo. Seis gradas tenía el trono, y la parte alta era redonda por el respaldo; y a uno y otro lado tenía brazos cerca del asiento, junto a los cuales estaban colocados dos leones. Estaban también doce leones puestos allí sobre las seis gradas, de un lado y de otro; en ningún otro reino se había hecho trono semejante. Y todos los vasos de beber del rey Salomón eran de oro, y asimismo toda la vajilla de la casa del bosque del Líbano era de oro fino; nada de plata, porque en tiempo de Salomón no era apreciada. Porque el rey tenía en el mar una flota de naves de Tarsis, con la flota de Hiram. Una vez cada tres años venía la flota de Tarsis, y traía oro, plata, marfil, monos y pavos reales. Así excedía el rey Salomón a todos los reyes de la tierra en riquezas y en sabiduría.

Toda la tierra procuraba ver la cara de Salomón, para oír la sabiduría que Dios había puesto en su corazón. Y todos les llevaban cada año sus presentes: alhajas de oro y de plata, vestidos, armas, especias aromáticas, caballos y mulos.

Libro Primero de Reyes 10:11-25

Prefacio

> Mi querido *sir* Henry:
>
> Han pasado alrededor de unos treinta y siete años, más de una generación, desde que viéramos por vez primera las costas de África del Sur alzándose sobre el mar. Desde entonces, cuántos acontecimientos han ocurrido: la anexión del Transvaal, la guerra zulú, la primera guerra bóer, el descubrimiento del Rand, la conquista de Rhodesia, la segunda guerra bóer, y otros muchos sucesos que en estos tiempos tan convulsos se consideran hoy día como historia antigua…
>
> H. Rider Haggard.
> Ditchingham, 1912.

A finales de noviembre de 1975, el entonces príncipe Juan Carlos de Borbón fue coronado rey de todos los españoles. Acompañado del resto de mi familia, yo seguía por televisión el acto y la posterior intervención del ya monarca y, todavía hoy como si fuera ayer, recuerdo la escena en el salón con total nitidez. Palabras como modernidad, participación etc., eran sin duda de una enorme importancia en la voz de quien ya era Juan Carlos I. Un hombre, y una nación, que en buena medida se estaba jugando su destino. Pero, para ser sincero, en aquel momento, mi interés por todo aquello era nulo. De hecho, mi deseo interior era que acabara cuanto antes para poder seguir leyendo una novela que mi padre, con motivo de mi décimo cumpleaños, también en noviembre de ese mismo año me había regalado unos días antes.

Casi treinta y cinco años después, con sus tapas desgastadas, aquella edición original de 1952 tiene un lugar especial en mi biblioteca y en mi vida. Cuando apenas unas semanas más tarde, también en televisión, se proyectó la película *Zulú*, protagonizada por Michael Caine y Stanley Baker, fue la puntilla final para el impresionable corazón de un

niño que quedó fascinado para siempre con África y esta nación de guerreros.

La novela me permitió conocer por primera vez en mi vida, romanticismos y aventuras aparte, que existían los campos de diamantes sudafricanos, las cataratas del Zambeze, que los zulúes y los británicos habían combatido en una montaña llamada Isandlwana, que igualmente los segundos habían sido masacrados, que existió un regimiento llamado *iNgobamakhosi* de un rey negro muy poderoso —del que ahora sabemos que su verdadero nombre era Cetshwayo— y que, en algún lugar del África Austral, se decía que existía un fabuloso tesoro oculto que un avezado cazador encontró entre la tierra de los kakuanas, hoy conocidos como matabele.

Dicen que a todos, para bien o para mal, un hecho ha marcado algún área de su vida de manera muy determinante. El mío, después de leer aquella extraordinaria novela de aventuras, en gran medida me ha llevado a publicar, especialmente en los últimos veinte años, artículos en prensa y revistas de historia, dar conferencias, escribir media docena de libros, exponer dioramas en museos militares, viajar a los lugares allí relatados y, hoy, plantearme de manera literaria hasta qué punto lo que leí era solo fruto de la imaginación de un genio de la literatura universal o si su autor vivió y conoció algunos hechos que, también para él, fueron determinantes a la hora de su inspiración. Por cierto, todavía no lo he dicho, la novela se llamaba *Las minas del rey Salomón.*

Carlos Roca

Introducción

> … nunca debe concederse importancia a un zulú. Si un blanco se muestra afable y demasiado pronto en la acogida, al instante, el zulú sospecha que está tratando con una persona de escasa consideración.
>
> *Las minas del rey Salomón*

La primera vez que Henry Rider Haggard vio la costa de África del Sur todavía le faltaban unos meses para cumplir los veinte años. Mientras desde la cubierta del barco contemplaba la gran montaña conocida como Table Montain sobre la que se asienta Ciudad del Cabo pensaba que, como muchísimos jóvenes de su generación para Inglaterra y su reina Victoria —entonces en el clímax de su esplendor—, él tenía la responsabilidad de añadir su granito de arena para la consolidación o ampliación del mismo.

Su familia había tenido cierto éxito empresarial y su padre era un jurista de gran prestigio, mucho más ambicioso que el propio Henry, el cual le impulsó a presentarse a las oposiciones de la oficina de asuntos extranjeros tras ser denegado su ingreso en la academia militar de Woolwich[1] . En la vieja Inglaterra todo el mundo sabía que si no

[1] Apenas por unos meses no pudo beneficiarse de las reformas militares impulsadas por Edward Cardwell que, entre otras cosas para ayudar al reclutamiento, la altura mínima que antes se exigía para entrar en el ejército de 1,70 m fue rebajada a 1,64 m. Haggard medía 1,66 m.



El escritor Rider Haggard. Se inspiró en la vida del cazador y aventurero Selous para escribir *Las minas del rey Salomón* y alcanzar con ello fama mundial.

provenías de sangre noble la única posibilidad de triunfar en la sociedad era vestir la llamativa chaqueta roja del ejército victoriano, sobre todo sirviendo en ultramar en alguna de las continuas campañas, o hacer carrera en la política, independientemente de que fueras conservador o liberal. *Sir* Henry Bulwer[2], al que el gobierno de Benjamin Disraeli, por recomendación de *lord* Carnavon, había nombrado gobernador de la colonia de Natal, llamó al muchacho para que se uniera a su gabinete y le ayudara en las difíciles tareas administrativas, secretariado y asesoramiento jurídico.

Cuando Haggard pisó el suelo de África, a principios de la década de los años setenta del siglo XIX, su corazón se aceleró y, desde entonces, supo que su destino quedaba unido, para bien o para mal, a este continente. La euforia aumentó cuando apenas una semana después vio la costa de Natal y desembarcó en Durban. Su vida jamás volvió a ser igual.

Por aquel entonces, Natal vivía en permanente alerta por la posibilidad de una guerra con la tribu más guerrera de África, los zulúes, junto al permanente conflicto con los granjeros bóers (sobre todo aquellos que estaban asentados en la república del Transvaal). Pero, aunque su trabajo se desarrollaba en Pietermaritzburg, sus ojos continuamente se llenaban de emoción cuando contemplaba la naturaleza salvaje de África, la inmensidad de la sabana, las colinas y los valles de Zululandia, el majestuoso Índico y los caudalosos ríos —como el Búfalo, que era la frontera natural con el poderoso reino zulú—. Precisamente, los zulúes dejaron una honda impresión en él, desde su estructura social hasta su fama de guerreros. Haggard fue uno de los pocos blancos afortunados del siglo XIX que asistió a una de las grandes celebraciones anuales del reino zulú. Lo que ocurrió después, lo dejó escrito para la posteridad. Aproximadamente mil hombres de piel de ébano realizaron, en honor del gobernador, una danza de guerra al ritmo de tambores confeccionados con piel de gacela, mientras miles de mujeres les animaban con sus gritos. Cuando el espectacular baile y las melódicas canciones termina-

[2] Haggard le veneró el resto de su vida y nació entre ambos una gran amistad. Treinta y siete años después de que vieran las costas de Sudáfrica, Haggard, ya en la plenitud de su carrera literaria, le dedicó en 1912 el quinto volumen de la saga de Allan Quatermain: La guerra zulú.

ron, un guerrero[3], cuyos ojos brillaban como los de un halcón y, con su cuerpo todavía temblando por la tensión producida por el enorme esfuerzo físico realizado, pasó junto a Haggard y las miradas de ambos hombres se cruzaron. Por entonces ninguno de los dos había cumplido el primer cuarto de siglo de vida, y pertenecían a dos mundos totalmente diferentes. El joven británico servía a una reina cuyos dominios imperiales se extendían por todo el planeta. El zulú, a la nación más poderosa de África y, además, al regimiento más agresivo y temerario que era el favorito de su rey: Cetshwayo KaMpande. Haggard nunca olvidó a aquel hombre:

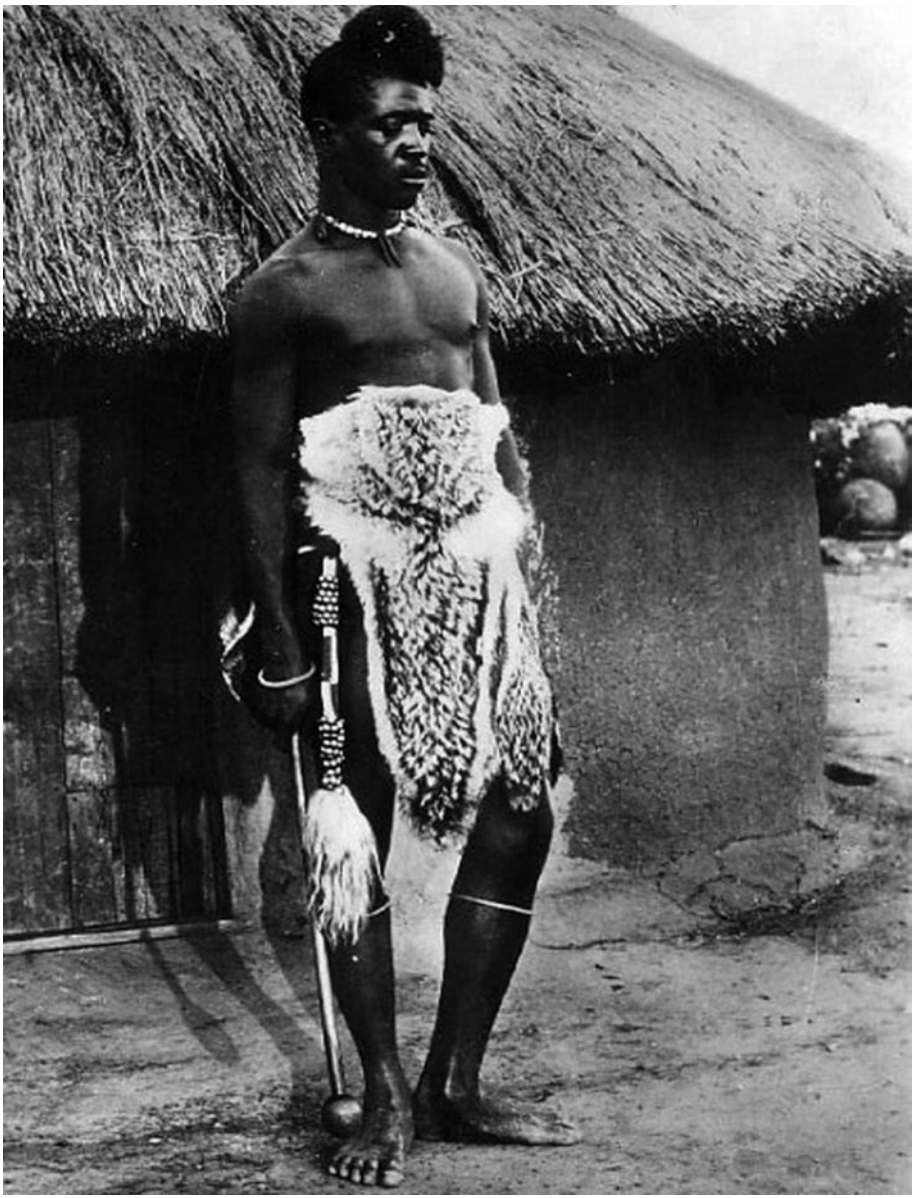
> Era un guerrero espectacularmente salvaje que llevaba puesta toda su indumentaria de guerra. Con su mano derecha sujetaba sus lanzas, y de la izquierda colgaba su gran escudo de piel negra de buey, en cuyo interior llevaba una azagaya de repuesto. Rodeando la cabeza de aquel hombre surgía un alto penacho gris, adornado con una pluma de grulla. Sus amplios hombros estaban al aire, y bajo las axilas tenía unas cortas tiras de piel de buey que sujetaban rabos de buey entremezclados en colores diferentes. De su cintura colgaba como una falda escocesa, hecha principalmente con piel de cabra, mientras alrededor de su pierna derecha estaban sujetos un puñado de rabos de buey negros. Cuando estuvo de pie delante de nosotros, levantó su lanza y se cubrió parcialmente con su escudo; su penacho se dobló por la brisa, y su aspecto salvaje aumentó aún más al acompañarse de una postura llena de estilo y con los ojos dilatados. El guerrero se marchó golpeando la parte interna de su escudo con la azagaya.

El conflicto con los zulúes, que Bulwer intentó evitar a toda costa, terminó estallando gracias a las maniobras de Shepstone y el Alto Comisionado para África del Sur Edward Frere, y Haggard quiso alistarse entre las fuerzas coloniales que el teniente general *lord* Chelmsford estaba reclutando para invadir el reino zulú y apresar a su rey. Bulwer terminó convenciéndole para que no lo hiciera y, probablemente, con ello le salvó la vida, ya que la mayoría de los oficiales coloniales no comisionados de la columna central de *lord* Chelmsford murieron en la batalla de Isandlwana[4].

---

[3] El guerrero nunca supo que su exhibición serviría para que de la imaginación de Haggard naciera Umslopogaas, uno de los principales personajes nativos de sus novelas.

[4] El 22 de enero de 1879 un gigantesco *impi* zulú de 25 000 guerreros acabó con más de 1 300 tropas imperiales y coloniales al pie de la colina llamaba Isandlwana. El coronel Pulleine distribuyó a sus hombres de manera inadecuada para defender el campamento y, tras varias horas de duros combates, incluyendo un salvaje cuerpo a



Guerrero matabele del regimiento *mNbezu*.

Acabada la guerra zulú, Henry Haggard todavía tuvo que asistir, ahora como asistente de Theophilus Shepstone en el Transvaal, al desastre de la colina Majuba durante el transcurso de la Primera Guerra Anglo-Bóer. Un año después escribió:

> Fue durante este periodo de la historia de Sudáfrica que muchas personas piensan que cometimos nuestro mayor error. Anexamos el Transvaal, a decir de ellos, seis meses demasiado pronto. Como han ocurrido las cosas, habría sido más inteligente haber abandonado el Transvaal a zulúes y bóers para solucionar sus asuntos y hacer todo lo posible para proteger nuestras propias fronteras. Sin duda esta consumación de los hechos habría limpiado maravillosamente la atmósfera política; los zulúes habrían tenido suficiente para luchar con ellos durante algún tiempo, y el resto de los bóers habrían suplicado nuestra protección, se habrían convertido en británicos satisfechos; y no habría ocurrido ningún Isandlwana y ninguna colina Majuba.

A principios de 1882 decidió dejar su puesto de funcionario en la administración y regresó a Inglaterra donde contrajo matrimonio y retomó la abogacía. Pero todo su empeño lo puso en una nueva vocación, en realidad su verdadera pasión desde niño: escribir. Ese mismo año, la experiencia acumulada en los preliminares del conflicto militar con los zulúes fueron su motivación para su primera obra: *Cetywayo y sus vecinos blancos*. Alternando la narrativa histórica con algunas pinceladas novelescas, narró los prolegómenos y posterior desarrollo de la guerra que había producido el mayor desastre militar a la Inglaterra victoriana por parte de un ejército nativo. Por aquel entonces, como todavía hoy, los enfrentamientos con los zulúes habían provocado un aluvión de libros, y el trabajo de Haggard fue simplemente uno más entre muchos pero, tres años después, se produjo el éxito comercial que desde entonces le ha convertido en uno de los referentes de la literatura universal al publicar *Las minas del rey Salomón.*

La mayoría de los personajes de Haggard en su novela estaban inspirados en personas reales, como Frederick Courtney Selous —un hombre con un magnetismo personal increíble[5] al que Haggard conocía

cuerpo, fueron derrotados por los zulúes. Paradójicamente, su gran victoria significó el fin de su independencia, ya que los británicos buscaron tras varias cruentas batallas limpiar su prestigio militar y la completa destrucción del reino zulú.

[5] Su elevada altura, sus ojos azul claro, y su físico delgado pero fuerte fueron descritos por algunos escritores como la imagen perfecta de masculinidad caucásica.

personalmente y cuya fama de cazador utilizó para introducirlo en la trama cambiando su nombre original por el de Allan Quatermaine—. Dos años después, mantuvo el personaje con la continuación de la saga con otra novela de éxito mundial. En apenas unos meses se vendieron decenas de miles de ejemplares en los países de habla anglosajona y, aunque Quatermaine había muerto al final de la segunda novela, con gran maestría y gracias a su rédito comercial —que lo convirtió en apenas unos años en millonario—, Haggard lo resucitó para continuar con la saga.

La trama de la novela, escrita en una prosa sencilla, pero enormemente cautivadora, trata las memorias de un aventurero cazador de cincuenta y cinco años natural de la colonia del Cabo de Buena Esperanza quien, animado por sus compañeros de aventuras —el barón Curtis y el capitán de la armada real, John Good— le aconsejan que mientras se recupera de las heridas producidas por su sexagésimo sexto león abatido, las escriba para la posteridad.

Haggard fue de los primeros novelistas en darse cuenta de que, por encima de todo, el lector lo que quería era evadirse de su mundo interno y entretenerse con aquello que le contaban y esto Haggard lo hizo como nadie. No pretendió ser el mejor, pero representó con su pluma mucho de la parte aventurera, romántica y atrevida que muchos, en mayor o menor medida, llevamos dentro; y triunfó con ello. No es en absoluto descabellado argumentar que los libros de Haggard, Rudyard Kipling o Joseph Conrad (de origen ucraniano-polaco, que adquirió la nacionalidad británica en 1884) contribuyeron tanto o más como los más míticos regimientos de chaquetas rojas a la defensa del imperialismo británico.

Durante su prolífica carrera literaria, Haggard supo trasladar la imagen de las largas caravanas de colonos que atravesaban las praderas de lo que hoy son los Estados Unidos de América al continente africano donde aventureros, cazadores y colonos blancos —inicialmente la mayoría de origen holandés y más tarde anglosajón—, vivieron una experiencia igual, aunque separados por los océanos, en la conquista de lo que ellos consideraban un nuevo Canaán bíblico. Allí, cambiando la pradera por la sabana, los rebaños de bisontes por cebras y ñus, el puma por el león, etc., se experimentó lo mismo, pero ahora con implacables

tribus africanas que no estaban dispuestas a ceder la tierra que consideraban suya; entre ellos, los matabele.

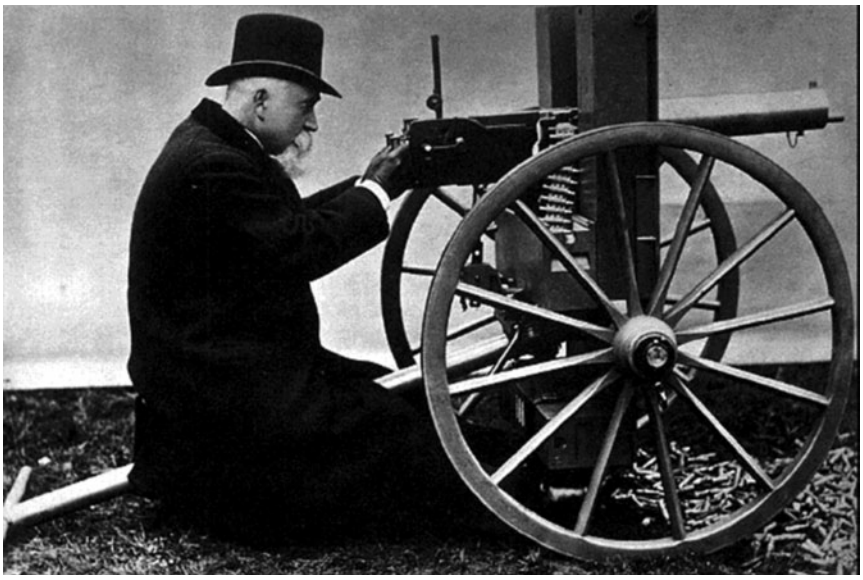
Eclipsados por sus parientes cercanos los zulúes, los matabele, una escisión de los primeros, han quedado relativamente relegados a un segundo plano. A pesar de ello, en sus batallas contra el hombre blanco, demostraron un valor extraordinario atacando a pecho descubierto, oleada tras oleada, a un codicioso enemigo que, cegado por el oro y los diamantes, les quitó, al precio de mucha sangre, una tierra riquísima que, todavía hoy, sigue encarnando la estampa de África con sus grandes manadas de animales salvajes.

El reino matabele era el último territorio independiente gobernado por un monarca del África negra, cuya posición geográfica le situaba en medio del desarrollo de la línea de ferrocarril que uniría El Cairo con el Cabo. Por otra parte, los bóers ambicionaban el territorio para la expansión de sus granjas, junto con Portugal, que presionaba desde la frontera este. Al norte, los belgas querían extender sus dominios del Congo. Incluso Alemania, con Tanganica (ahora Tanzania), tenía también sus ojos puestos en Matabeleland. Pero sería finalmente el imperio británico quien los dominaría.

A finales del siglo XIX la tecnología militar había dado importantes saltos cualitativos, como con la invención de la ametralladora Maxim, que fue usada por primera vez contra un ser humano en Matabeleland. No obstante, esto no impidió que a la voz de su rey, Lobengula, miles de valientes guerreros se enfrentaran a esta nueva arma que les segaba por filas, como la hoz al trigo. La guerra matabele, especialmente la ocurrida entre los años 1896-1897, tiene también el derecho propio de ser llamada la primera guerra por la independencia en el continente africano, adelantándose a los violentos sucesos que convulsionarían África tras la finalización de la Segunda Guerra Mundial y que, en muchos aspectos, todavía hoy varios focos continúan abiertos[6].

Este libro es un acercamiento al pensamiento dominante del imperio británico en el África Austral y a varios de los sucesos históricos que

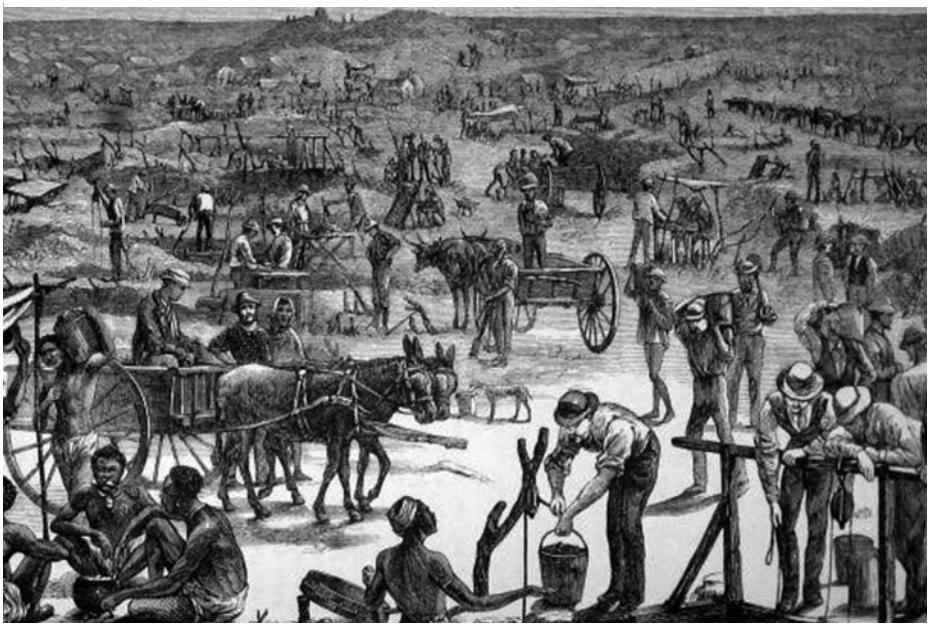
[6] Desde 1945, y hasta el momento, casi 40 nuevas naciones independientes han surgido en África y en 12 países se mantienen conflictos armados dentro o fuera de sus fronteras.



Una demostración con la ametralladora Maxim realizada por su propio inventor. El valor de los guerreros matabele asaltando los *laagers* a pecho descubierto no fue suficiente para callar a esta arma que les provocó ingentes bajas.

inspiraron a Henry Rider Haggard para sus obras literarias, como los dos conflictos con los matabele, quienes intentaron infructuosamente quitarse de encima el peso del colonialismo británico, encarnado en ese momento por un personaje cruel, ambicioso… y brillante: Cecil Rhodes.

Igualmente, de forma paralela, conoceremos la vida de uno de los cazadores más míticos del continente africano que durante la conquista de esta tierra al igual que mercenarios, aventureros, junto a uno de los primeros blancos en pisar su tierra, el misionero y explorador David Livingstone, además de oficiales británicos como Baden Powell, cuyas experiencias de combate y seguimiento de las partidas de guerreros en el país de los matabele le llevarían a fundar más tarde el movimiento de los célebres *boy scouts.* Una narración histórica de héroes y villanos con un recorrido por la formación del país matabele, su estricta vida militar desde niños, el enfrentamiento con los blancos colonialistas, el establecimiento de la racista Rhodesia blanca para terminar en el conflictivo Zimbabwe de nuestros días.



Una mina sudafricana de diamantes a finales del siglo XIX.

Les invito a dar un paseo por la parte más oscura y probablemente más desconocida del Imperio británico en África y que, por razones obvias, Haggard omitió en su novela, donde el hombre blanco y el negro sacaron sus más bajos y salvajes instintos. Pero este libro también es para aquellos que, independientemente de la generación que sean, les ha tocado vivir en la moderna, tecnológica, y relativista sociedad occidental, ello no nos impide mirar al pasado y buscar, en medio de la historia, un tiempo en el que la exploración, la aventura, los ideales y, por qué ocultarlo, las grandes batallas, en este caso de la época colonial británica, son, y seguirán siendo, un espejo de vivencias humanas que nos tienen atrapados en un tiempo en el que, como es mi caso y por innumerables motivos, nos hubiera encantado estar presentes.

Lamentablemente el siglo XIX se ha marchado, pero algunos, con la complicidad de su lectura por parte de quienes tienen en sus manos un libro como este, nos esforzamos en contarlo para no olvidar que un continente como África no solo fue la cuna de la humanidad, sino también el sitio donde unos guerreros anclados en el neolítico pudieron

demostrar al imperio más grande que haya existido hasta la fecha que ellos no estaban dispuestos a ser derrotados tan fácilmente. Una historia de oro, diamantes, lanzas, fusiles, ametralladoras, misioneros, exploradores, leones, tierra… y sangre; la auténtica y verdadera historia de *Las minas del rey Salomón.*

Agradezco muy sinceramente la colaboración prestada por el Museo de Historia Militar Sudafricana, a mi asesor histórico y colaborador sudafricano de mis libros Terry O'Connor Logan, Librería del Congreso de los Estados Unidos, Archivo Nacional de Zimbabwe en Harare, National Gallery of Zimbabwe, Museo Nacional del Ejército de Londres, Museo de Historia Natural de Londres, Museo Africano de Johannesburgo, Universidad de Cambridge, Archivos del Cabo, personal del Parque Nacional Gorongosa en Mozambique, Universidad de Oxford, Museo Americano de Historia Natural, Universidad de California, Librería Nacional de Sudáfrica, Ministerio de Turismo de la República de Mozambique en la provincia de Sofala, Departamento de la Vida Salvaje y Parques Naturales de Botsuana en Gaborone, South African Gold Panning Association, Paola Roca, Ángel Aledo, Trinidad Saura, Ministerio de Asuntos Exteriores de España, Sociedad Bíblica, José y Eva de lamueladecortes.com, Antonio Pérez Henares y al personal de los archivos de la Colección Campbell en Durban.

Capítulo I
Salomón, su sabiduría, su riqueza y la leyenda de las minas en África

> Me contó que, hacia el interior, tierras adentro y camino del Norte, había descubierto una antiquísima ciudad en ruinas, que seguramente debía ser Ofir, la famosa Ofir de la Biblia.
>
> *Las minas del rey Salomón*.

Salomón (Shelomoh en original), hijo de David y Betsabé, inició su reinado alrededor del 970 a.C. a la edad de aproximadamente veinte años. Su padre le puso este nombre por ser una derivación de la palabra hebrea *shalom* (paz) y también porque su reinado, a diferencia del suyo que había sido muy tormentoso, sería presidido por la paz. Tras la muerte de su rebelde hermano Absalón, que inició una revuelta para ocupar el trono en Jerusalén, su también hermano Adonías intentó dar un golpe en palacio, pero la guardia de David y el profeta Natán frenaron el intento y confirmaron a Salomón en el trono de Israel.

La primera decisión que tomó Salomón cuando asumió su puesto como rey fue la ejecución de Adonías y de su instigador, el general Joab. A partir de ese momento comienza el reinado de un hombre que pasará a la Historia no solo por sus enormes riquezas, sino también por su sabiduría. Salomón, tiempo atrás, había implorado a Dios que le concediera sabiduría para la administración de la justicia —en ese entonces una de las responsabilidades del rey— y Dios se la con-



Salomón, el más sabio y rico rey de Israel.

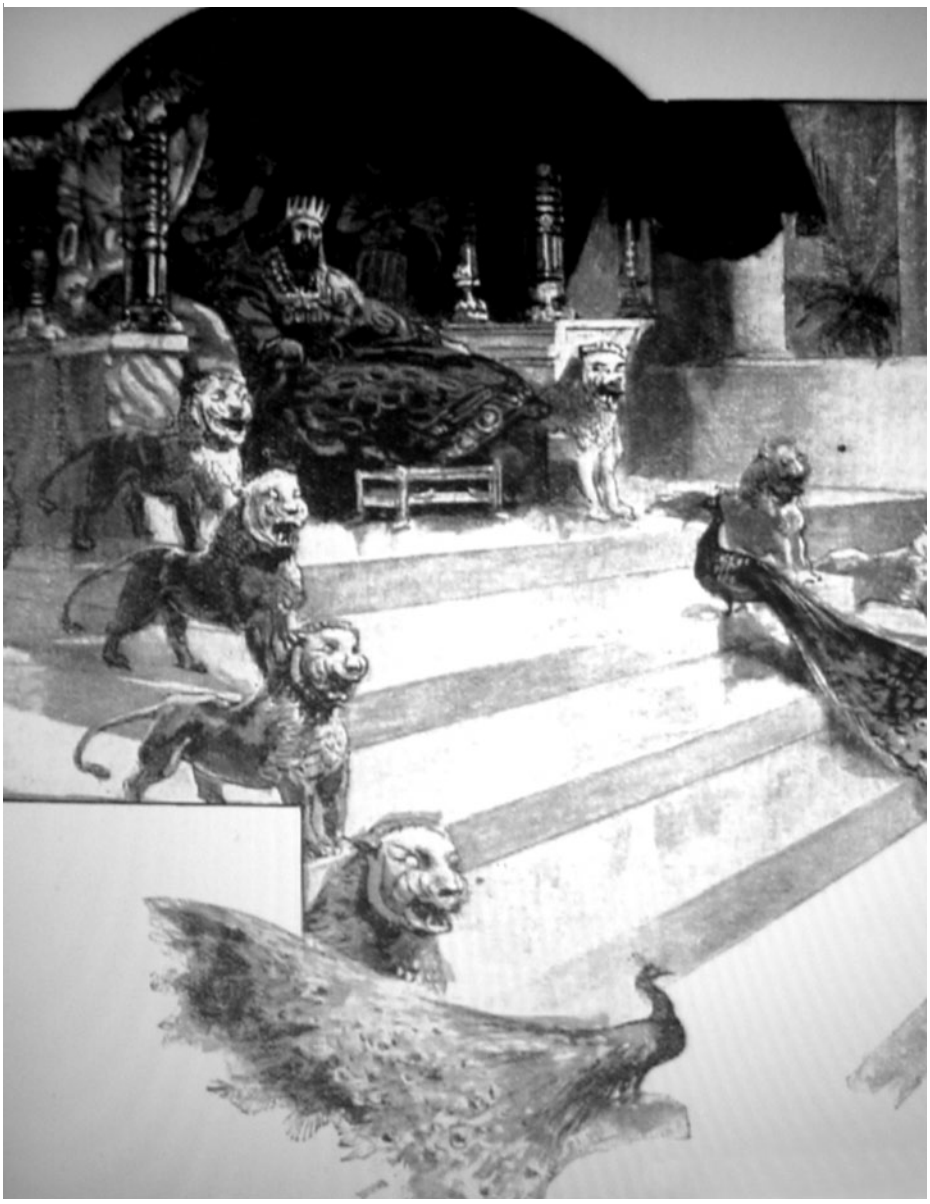
cedió[7]. El famoso veredicto sobre las dos mujeres que afirmaban que un niño era suyo y narrado en la Biblia en el primer libro de Reyes y segundo libro de Crónicas, solo hizo aumentar su ya enorme reputación en ese sentido.

Pero Salomón también fue un gran estadista. Su diplomacia con las naciones y las relaciones con las mismas fue su principal objetivo. A pesar de ello, mantuvo un poderoso ejército reclutado —dividido en 12 divisiones repartidas por el país— consistente en 1 400 carros de guerra tirados por caballos especiales, traídos desde Egipto y lo que hoy es Turquía, junto a 12 000 jinetes escogidos a los que acantonó en ciudades fortaleza en lo que hoy es el sur del Líbano para mantener su reino en paz. Salvo breves incursiones fronterizas, que estaban muy lejos de las grandes campañas impulsadas por su padre, su ejército nunca estuvo seriamente comprometido. Las ciudades militares de Meguido[8], Gezer y Hazor, acompañadas de una impresionante base logística, han sido descubiertas, y mucho del trabajo arqueológico emprendido en las mismas aún no ha concluido.

Igualmente levantó palacios y sobre todo recuperó el culto a Dios con la construcción del primer templo en la que destacó su oración de dedicación. La construcción se inició en el cuarto año de su reinado y 70 000 canteros-obreros tardaron siete años completos en terminarlo en la explanada del monte Morlah, inspirándose en el tabernáculo, aunque su dimensión final fue el doble del tamaño de este. Los muros del interior estaban revestidos con cedro y el suelo estaba laminado con pino. La madera había venido desde el Líbano flotando junto a la costa. Todo el interior del templo fue recubierto de oro y durante su edificación se uso piedra ya cortada a medida para ser ensamblada de manera que

[7] Tras la visión que Salomón tuvo en Gabaón confesó a Dios su debilidad y por ello su petición fue atendida, siéndole prometida, además, riqueza y honra.

[8] Esta fue la primera de las tres ciudades y había recibido este nombre por ser la que defendía el camino del paso de Meguido. Fue desenterrada en 1905 por el arqueólogo G. Schumacher en una extensión de 5,26 hectáreas. En 1925 el hijo de Rockefeller financió la segunda excavación y en 1934 tuvo lugar la tercera bajo la dirección de Gordon Laund. Los establos podían albergar hasta 450 caballos de guerra y estaban divididos en caballerizas para 24 ejemplares. Cada sección tenía un pesebre de piedra para el forraje o grano. En 1937 se desenterraron un total cercano a 400 objetos de marfil tallado. A finales del siglo XX nuevos trabajos sacaron a la luz mucha de la vida de los hombres que cuidaban a estos animales y sus propias viviendas.



Salomón en su trono según la descripción de la Biblia.

nunca se oyó el ruido de un martillo, ni cincel, ni instrumento alguno de hierro en el lugar de su montaje final. El templo estaba rodeado de ventanas, salvo el lugar santísimo que permanecía completamente a oscuras.

El interés de Salomón por las letras y las ciencias también fue enorme, al igual que su pasión desenfrenada por las mujeres (su harén disponía de algo más de mil), siendo el autor de varios salmos de la Biblia, 3 000 proverbios y también se le atribuye el libro de Eclesiastés y 5 000 cantares.

Salomón reinó cuarenta años en el trono de su padre David y los descubrimientos arqueológicos han demostrado que mucha de su magnificencia descrita en la Biblia se corresponde con la realidad, incluyendo sus famosas minas, si bien estas eran de cobre, situadas en las cercanías del puerto de Ezión-Geber.

LA REINA DE SABA VISITA AL REY

Posiblemente después de los juicios del rey, la visita de la reina de Saba sea uno de los pasajes más popularmente conocidos sobre su vida, pero ¿existió la reina de Saba?. Según el primer libro de Reyes la reina había oído sobre la fama de Salomón y vino a comprobar por ella misma si esto era cierto. No llegó con las manos vacías, ya que le acompañaba un buen número de sirvientes y camellos que traían perfumes y una gran cantidad de oro y piedras preciosas. Esto hizo aumentar la magnificencia de la corte de Salomón y el resultado fue, junto a otros motivos, que su trono y mesa estaban rodeados del lujo y la exquisitez. Los mercaderes que atravesaban su tierra tenían gran cantidad de productos y todos ellos pagaban impuestos.

Salomón estuvo a la altura de la fama de su sabiduría y supo dar respuesta a las incógnitas planteadas por ella. Además, la casa del rey, los manjares de su mesa, las habitaciones de sus siervos, el porte de sus consejeros y sus vestidos la dejaron sin aliento. Entonces la reina dijo:

> Cierto es lo que oí en mi tierra de tus cosas y de tu sabiduría; pero yo no lo creía, hasta que he venido, y mis ojos han visto que ni aun se me dijo la mitad; es mayor tu sabiduría y bien, que la fama que yo había oído.

> Bienaventurados tus hombres, dichosos estos tus siervos, que están continuamente delante de ti, y oyen tu sabiduría. Que el Señor tu Dios sea bendito, que se agradó de ti para ponerte en el trono de Israel; porque Dios ha amado siempre a Israel, te ha puesto por rey, para que hagas derecho y justicia.

Las apreciaciones de la reina de Saba no estaban equivocadas, ni en cuanto a la sabiduría del monarca ni a la riqueza del mismo, ya que el reino de Salomón, sobre todo en su parte final[9], vivió su máximo esplendor gracias a la expansión comercial impulsada por el propio rey (1º Reyes 10:14-29 y 2º Crónicas 9:13-27) para traer las mercancías en caravanas o barcos desde lugares tan lejanos como India, y más cercanos como Egipto, Asiria y Babilonia, junto a la enigmática tierra de Ofir.

El encuentro con la reina, más allá de los textos bíblicos, es recogido en otras tradiciones con narraciones que van desde lo erótico hasta lo político. De lo que no hay duda es de que en los últimos años se ha podido precisar, gracias otra vez a la arqueología, que Saba estaba situada en la actual Yemen, al sur de Arabia, y que el tráfico de especias como la mirra y el incienso, entregadas como presente a Salomón, eran la columna vertebral de las importaciones del país. Es probable que la reina, de la que algunos ponen en duda su existencia[10], fuera en realidad regente de las colonias sabeas establecidas en Arabia y quisiera compartir los beneficios comerciales de la flota situada en el Mar Rojo pudiendo ser este el verdadero motivo de su visita a Jerusalén.

LA TIERRA DE OFIR

La existencia de Ofir, riquísima en oro, es contada en nueve ocasiones en el Antiguo Testamento. El mismo rey David, después de reunir a sus principales consejeros y anunciarles que había elegido a Salomón como su sucesor, les recordó que le dejaba para la construc-

[9] Poco se sabe acerca del final de su vida, pero su codicia y estilo de vida, como recoge la Biblia, terminó desencantando a su pueblo. Su mayor drama fue que, aparte de su caída moral e idólatra, su sabiduría no le permitió dominarse a sí mismo y su apostasía fue el inicio de la división del reino de Israel.

[10] Los que por el contrario defienden su existencia afirman que esto es debido a un cierto desfase cronológico y afirman, como Josefo, que la reina era en realidad soberana de Etiopía y Egipto, pudiendo ser su verdadero nombre Hatshepsut.

ción del templo toda clase de piedras preciosas, mármol en abundancia y un tesoro de 3 000 talentos de oro de Ofir. Salomón hizo construir naves en Ezión-Geber (conocida como la flota real de Hiram junto a la ribera del Mar Rojo cerca de Ácaba) con diestras tripulaciones de marineros, para que fueran a Ofir y trajeran de allí más oro, madera de sándalo y piedras preciosas (durante el reinado de Salomón se ha estimado un volumen de tráfico total de 22 000 kilos de oro anuales). El rey Josafat también construyó naves con el mismo propósito, si bien estas fueron destruidas por una tormenta. Pero para el mundo antiguo ¿dónde estaba esta rica y enigmática tierra?

De todas las opciones, la más plausible es situarla en la región aurífera de la costa occidental de Arabia. Según la narración del Génesis sus pobladores descendían de Cus y hoy sabemos que la palabra Saba es una variedad de los términos *Seba* y *Sheba*. Los asirios también la situaban en el noroeste de Arabia. El historiador judío Flavio Josefo en su libro *Antigüedades* la identificó con la isla Menroé (entre el Nilo y su afluente Atbara). Otros la situaron en un lugar intermedio entre Egipto, Etiopía y Somalia (también llamado el cuerno de África). De hecho, los etíopes están convencidos de que la reina de Saba era uno de sus antepasados ya que, junto al oro entregado a Salomón, también se añadió un presente de marfil, pavos y monos reales. En la tradición de este país se afirma que la reina, de nombre Makheda, regresó embarazada de Salomón y que dio a luz, en lo que hoy es Eritrea, a su hijo Menelik, estableciéndose desde entonces un fuerte vínculo entre ambos países (la religión ortodoxa tiene actualmente una fuerte implantación junto al judaísmo) y que incluso este llegó a visitar a Salomón. En la región montañosa de Etiopía abundan las minas, incluyendo el oro, y no es descartable que los ricos presentes llevados a Israel fueran extraídos de allí.

El misterio sobre Ofir permaneció olvidado durante siglos hasta que la llegada de los primeros barcos portugueses a finales del siglo XIV[11], que recorrían la costa del océano Índico al doblar el cabo de Buena Esperanza, hablaron por primera vez de los rumores de la exis-

[11] En 1502 Lourenço Marques fundó una factoría que terminaría siendo el embrión de la futura ciudad que llevaría su nombre.



Las ruinas de la ciudad de piedra en Zimbabwe, origen de la leyenda de las minas del rey Salomón en África.

tencia de un misterioso lugar en el interior del África Austral, con grandes murallas de piedras que escondía un fabuloso tesoro. Tendrían que pasar dos siglos más para que la leyenda volviera a recuperarse gracias a la actividad de árabes y portugueses con las minas de oro, marfil y el tráfico de esclavos, quienes afirmaban que una civilización perdida, asentada a muy pocos kilómetros de la actual ciudad de Masvingo, escondía una gran riqueza.

LA CIUDAD DE PIEDRA

Las ruinas de esta ciudad, en la actual Zimbabwe, formaban parte de una gran muralla de 228 metros de circunferencia, nueve metros de alto y cuatro de espesor, construida con piedra seca de granito y un conjunto de edificios, también de piedras, que en un principio se pensó que podrían formar parte de una civilización perdida. La arqueología ha demostrado que tienen una antigüedad superior a los quinientos o mil

años y que sus constructores eran nativos africanos que en un determinado momento la abandonaron por causas desconocidas. El descubrimiento de varias piezas de oro contribuyó aún más a la leyenda y se especuló con la posibilidad de que los tesoros que el rey bíblico Salomón había entregado a la reina de Saba, o bien los que ella llevó al rey, permanecían allí ocultos o en las inmediaciones[12].

Exploradores, comerciantes, misioneros y cazadores, dieron autenticidad a la historia al poner desde la década de los años sesenta del siglo XIX a todo el territorio en el punto de mira de los blancos, especialmente, como veremos más adelante, de acérrimos defensores del imperialismo británico. Las excavaciones, efectuadas desde 1905 en las propias ruinas y los alrededores, han descubierto que los primeros pobladores fueron un linaje de reyes shona, entre ellos Nyatsimba Mutota, cuya obra de expansión la continuó su hijo Matope Nyanhewe, desmintiendo con ello la leyenda de que la ciudad había sido construida por hombres de raza blanca (una visión muy común de finales del siglo XIX cuando el civilizado hombre blanco consideraba al hombre negro un ser inferior, incapaz por sí mismo de construir tales edificaciones).

Fantasías aparte, lo que nadie pone en duda es que a partir de 1490 ocurrió algo que provocó el desmoronamiento del reino y su éxodo a lo que hoy se conoce como la zona de Monte Darwin, incluyendo a todos los habitantes de la ciudad de piedra (entre 18 000 y 30 000 almas). Las hipótesis planteadas de porque la ciudad de piedra fue abandonada van desde la presión ejercida por otra tribu hostil, una plaga de la mosca *tsé-tsé* que diezmara sus ganados y de ahí la necesidad de construir grandes recintos altos amurallados, un cambio de clima que provocara una gran hambruna, hasta la más plausible de todas, el agotamiento de los recursos naturales. Los poblados bantúes se asentaban en cada lugar una media de aproximadamente una docena de años y después lo abandonaban por estar esquilmado, permitiendo con ello su posterior recuperación. Un cambio en el concepto de vida de los últimos siglos, que abandonaba el pastoreo parcialmente trashumante, terminó quizá por dejarles sin recursos.

[12] En cierto modo no estaban equivocados, ya que en el distrito donde se encuentran estas ruinas al menos hay cinco minas en activo de las cuales dos son de oro en la meseta cercana.

Con los años la creencia de que en sus restos seguía existiendo oro atrajo sin ningún control a los buscadores de tesoros, quienes hasta 1981 provocaron un gran deterioro en varias de las construcciones, desmoronándose varias torres parcialmente y de las que desde la independencia del país se estudia su recuperación.

Todavía hoy el misterio permanece en torno a si existió alguna vez un lugar concreto que pudiera identificarse como el lugar descrito en *Las minas del rey Salomón* en África, cuando la malvada hechicera de la novela llevó a los protagonistas a una gruta perdida, pero la arqueología moderna está convencida de que, de ser así, se trataría de la cueva descubierta entre Zimbabwe y el Transvaal, en la colina Mapungubwe, donde aparecieron 24 sepulturas cuyos esqueletos estaban llenos de oro, diamantes sin tallar, figuras de animales salvajes confeccionadas en láminas de oro, y para todavía añadir un nuevo y desconcertante factor más a este difícil y laberíntico *puzzle*, porcelana china de los siglos XI y XII. Sencillamente una historia fascinante a la que Haggard no pudo resistirse…. y nosotros tampoco.